

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE GÁLATAS

### **La fe: el único requisito para que tengamos contacto con Dios en Su economía neotestamentaria (Mensaje 7)**

Lectura bíblica: 1 Ti. 1:4; He. 11:6; Gá. 1:23; 2:16, 20; 3:2, 5, 26; 5:6

- I. “La economía de Dios ... se funda en la fe”—1 Ti. 1:4:
  - A. La fe es el camino único por medio del cual Dios lleva a cabo Su economía neotestamentaria con respecto al hombre—He. 11:6.
  - B. En el Nuevo Testamento, la fe tiene dos denotaciones: una se refiere a su aspecto objetivo, y la otra, al aspecto subjetivo:
    1. Según la denotación en cuanto al aspecto objetivo, la fe se refiere a toda la revelación contenida en el Nuevo Testamento concerniente a la persona de Cristo y Su obra redentora—Hch. 6:7; 14:22; Ro. 16:26; 1 Co. 16:13; 1 Ti. 1:19b; Jud. 3, 20.
    2. Según la denotación en cuanto al aspecto subjetivo, la fe se refiere a la acción de creer—Lc. 18:8; Mr. 11:22, 1 Ti. 1:19a.
  - C. La economía de Dios se funda en la fe, es decir, existe en la esfera y el elemento de la fe, en Dios y por medio de Cristo.
  - D. La economía neotestamentaria de Dios, la cual consiste en que Dios mismo sea impartido en Sus elegidos, no se lleva a cabo en la esfera de lo natural ni en el ámbito de las obras de la ley, sino en la esfera espiritual de la nueva creación mediante la regeneración por la fe en Cristo—Gá. 6:14-15; 3:23-26:
    1. Es por medio de la fe que nacemos de Dios y somos hechos hijos Suyos, aquellos que son partícipes de Su vida y Su naturaleza a fin de expresarlo—v. 26; Jn. 1:12-13; 2 P. 1:4.
    2. Es por medio de la fe que somos puestos en Cristo y llegamos a ser miembros de Su Cuerpo, aquellos que son

partícipes de todo lo que Él es a fin de expresarlo—  
Jn. 3:15; Ro. 12:4-5.

- II. “Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora anuncia como evangelio la fe...”—Gá. 1:23:
- A. La fe mencionada en Gálatas 1:23 implica la acción de creer en Cristo, mediante la cual hacemos de Su persona y Su obra redentora el objeto de nuestra fe—1 Ti. 3:9; 2 Ti. 4:7; cfr. 1 Ti. 6:10.
  - B. En el Antiguo Testamento, Dios se relacionaba con Su pueblo por medio de la ley, pero la fe ha reemplazado a la ley, de modo que ahora la fe se ha convertido en el principio gobernante mediante el cual Dios se relaciona con Su pueblo en el Nuevo Testamento—Gá. 3:22-24:
    1. Esta fe caracteriza a los que creen en Cristo y los distingue de los que guardan la ley; este es el énfasis principal del libro de Gálatas.
    2. La ley del Antiguo Testamento hace hincapié en la letra de la ley y en los preceptos de la misma, mientras que la fe del Nuevo Testamento recalca el Espíritu y la vida divina.
- III. “Y sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, nosotros también hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley”—2:16:
- A. La fe es el único requisito para que tengamos contacto con Dios en Su economía neotestamentaria—1 Ti. 1:4; He. 11:6.
  - B. La fe en Cristo, mediante la cual los creyentes son justificados, se relaciona con el aprecio que ellos tienen por la persona del Hijo de Dios, a quien consideran lo más valioso—12:2:
    1. Desde el punto de vista de la experiencia, la fe puede definirse como la preciosidad de Jesús infundida en nuestro ser.
    2. La fe auténtica es Cristo mismo infundido en nosotros para ser nuestra capacidad de creer en Él; así pues, después que el Señor Jesús se infunde en nosotros, Él espontáneamente llega a ser nuestra fe.
  - C. Al creer en Cristo, entramos en Él; así, en virtud de la fe, entramos en Cristo y llegamos a ser un solo espíritu con Él—Jn. 3:15; 1 Co. 6:17.

- IV. “La vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí”—  
Gá. 2:20b:
- A. La fe es el medio por el cual el pueblo de Dios capta, comprende, asimila, disfruta y participa de todo lo que Dios llegó a ser para los Suyos en virtud del proceso por el que pasó.
  - B. La fe del Hijo de Dios se refiere a la fe de Jesucristo en nosotros (v. 16), la cual se convierte en la fe con la cual creemos en Él—3:22; Ro. 3:22, 26.
  - C. A medida que escuchamos al Señor y le valoramos, Él engendra fe en nosotros, capacitándonos para creer en Él—Mt. 17:5; He. 12:2:
    1. Él llega a ser la fe que hay en nosotros, con la cual creemos en Él.
    2. Esta fe llega a ser la fe en Él y, al mismo tiempo, es la fe de Él.
- V. “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?”—Gá. 3:2:
- A. Tanto recibir al Espíritu como recibir el suministro del Espíritu, es producto del oír con fe y no de las obras de la ley—v. 5.
  - B. En el Antiguo Testamento teníamos la dispensación de la ley, pero en el Nuevo Testamento tenemos la dispensación de la fe:
    1. La fe se relaciona con el Espíritu y confía en la operación del Espíritu, quien es Cristo hecho real para nosotros—2:20; 3:14.
    2. En el Nuevo Testamento, la ley es reemplazada por la fe, a fin de que podamos vivir a Cristo por el Espíritu—vs. 22-25.
    3. Recibir al Espíritu por el oír con fe es el camino que Dios nos reveló; dicho camino se halla bajo la luz de la revelación de Dios y produce vida y gloria—Ro. 8:2, 6, 10-11, 30.
    4. Es por el oír con fe que recibimos al Espíritu, a fin de que participemos en la bendición prometida por Dios y vivamos a Cristo—Gá. 3:14; 2:20.
- VI. “Todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús”—  
3:26:

- A. La fe en Cristo nos introduce en Él y nos hace uno con el Cristo en quien está la filiación.
  - B. Es necesario que estemos identificados con Cristo por medio de la fe, para que en Él obtengamos la filiación.
- VII. “En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe, que obra por medio del amor”—5:6:
- A. La fe viviente es activa; ella recibe el Espíritu de vida, por tanto, está llena de poder.
  - B. La fe obra por medio del amor para cumplir el propósito de Dios, es decir, para llevar la filiación divina a su culminación con miras a la expresión corporativa de Dios: el Cuerpo de Cristo.

#### MENSAJE SIETE

##### LA FE: EL ÚNICO REQUISITO PARA QUE TENGAMOS CONTACTO CON DIOS EN SU ECONOMÍA NEOTESTAMENTARIA

Oración: Oh Señor, glorifica Tu nombre, libera Tu palabra, perfecciona a Tus santos, edifica Tu iglesia y aplasta a Tu enemigo. Amén”.

El título de este mensaje es: “La fe: el único requisito para que tengamos contacto con Dios en Su economía neotestamentaria”. A fin de recibir un cristal tan precioso y vasto como éste, es de crucial importancia que estemos plenamente dispuestos y abiertos a recibirlo y que, además, lejos de suponer que este es un tema sencillo y conocido acerca del cual ya lo sabemos todo, nos percatemos de nuestra necesidad. Así pues, con el propósito doble de que ello nos ayude tanto a estar dispuestos a recibir este cristal, como a darnos cuenta de la dimensión de nuestra necesidad, quisiera hacerles algunas preguntas. Es necesario que estas preguntas nos marquen de la misma manera en que Job debió haber sido marcado por las preguntas que Dios le planteó al revelársele (Job 38:1—42:6). ¿Qué es la fe? ¿Cuál es el origen de la fe? ¿Por qué es imposible que la fe y la ley coexistan? ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que la economía de Dios se lleva a cabo en la esfera de la fe? ¿Qué función cumple la fe en la economía neotestamentaria de Dios? ¿Cuál es el principio subyacente a la fe? ¿Vivimos por fe? ¿Permanecemos firmes por fe? ¿Andamos por fe o por vista? ¿Hablamos por fe? ¿Oramos con fe o simplemente llenos de esperanza? Nuestra labor, ¿es una obra de fe? ¿Qué relación existe entre la fe y el amor? Al pastorear a los nuevos creyentes, o a los jóvenes, ¿tenemos la actitud que Pablo manifiesta en 1 Tesalonicenses 3, al expresar su preocupación por la fe de los tesalonicenses? ¿De qué manera se relaciona la fe con nuestra capacidad para percibir todo lo que Jesús es? ¿Qué vínculo hay entre la fe y el negarnos a nosotros mismos? ¿Poseemos la fe de Dios? ¿Estamos siguiendo las pisadas de fe de nuestro padre Abraham? Con respecto a nuestra vida corporativa en el Cuerpo de Cristo, ¿ejercemos nuestra función conforme a la medida de fe que Dios nos repartió? ¿Somos personas de la ley o somos personas de fe?

No debiéramos pensar que ya somos expertos en estos asuntos. Ciertamente, si de un momento a otro se nos pidiera hablar de estos asuntos durante diez o quince minutos, basados tanto en aquello que ha llegado a ser nuestra constitución intrínseca como en la palabra de Dios, nos sentiríamos nerviosos e, incluso, un poco asustados. Mi anhelo profundo es que la fe nos infunda y que ya no vivamos bajo la ley sino por fe, la fe que es en Cristo y la fe que es de Cristo.

**“LA ECONOMÍA DE DIOS ... SE FUNDA EN LA FE”**

En 1 Timoteo 1:4 dice: “La economía de Dios ... se funda en la fe”. Así pues, la totalidad de la economía neotestamentaria de Dios se halla en el ámbito y en la esfera de la fe. Además, ella opera regida por el principio subyacente a la fe, es decir, opera por el principio de la fe. Si no somos personas de fe, ni vivimos por fe, ni aprendemos a orar con la fe de Dios ni tampoco andamos por fe siendo regidos por aquello que no se ve, entonces, en términos prácticos, somos ajenos al ámbito de la economía neotestamentaria de Dios.

**La fe es el camino único  
por medio del cual Dios lleva a cabo**

**Su economía neotestamentaria con respecto al hombre**

La fe es el camino único por medio del cual Dios lleva a cabo Su economía neotestamentaria con respecto al hombre (He. 11:6). Dios ha dispuesto que durante la presente dispensación, la fe sea el camino único conforme al cual Él opere. Esta afirmación concuerda con un punto del bosquejo que trataremos más adelante, según el cual en la economía neotestamentaria de Dios, la fe es el único requisito para que tengamos contacto con Dios.

La era o dispensación en la que vivimos es una de las cuatro grandes dispensaciones, y es comúnmente conocida como la dispensación de la gracia. Ésta es, además, la era de la iglesia. Si somos iluminados por el capítulo diez de Apocalipsis, también veremos que ésta es la era del misterio (v. 7). Es la era del misterio porque en esta era los asuntos divinos, es decir, todo lo real, es invisible. Podríamos llamar a esta era la dispensación de la fe. Según lo dispuesto por Dios, todo aquello que reviste alguna importancia deberá permanecer escondido e invisible durante esta era. Así, Él ha dispuesto que no vivamos regidos por nuestros sentidos, nuestra vista, nuestra mente, nuestro estado de ánimo o nuestros sentimientos. Más bien, Él ha dispuesto que la única manera

de complacerle sea al tener fe en Él y creer que Él es (He. 11:6). Nosotros amamos a Aquel que nunca hemos visto y creemos en Aquel que jamás hemos visto (1 P. 1:8). Por ello, a nosotros nos encanta exclamar: “Señor, jamás te he visto, pero estoy perdidamente enamorado de Ti y te entrego mi vida entera”. Ciertamente, la fe es el camino único.

**En el Nuevo Testamento, la fe tiene dos denotaciones:  
una se refiere a su aspecto objetivo,  
y la otra, al aspecto subjetivo**

*Según la denotación en cuanto al aspecto objetivo,  
la fe se refiere a toda la revelación  
contenida en el Nuevo Testamento  
concerniente a la persona de Cristo y Su obra redentora*

En el Nuevo Testamento, la fe tiene dos denotaciones: una se refiere a su aspecto objetivo, y la otra, al aspecto subjetivo. Según la denotación en cuanto al aspecto objetivo, la fe se refiere a toda la revelación contenida en el Nuevo Testamento concerniente a la persona de Cristo y Su obra redentora (Hch. 6:7; 14:22; Ro. 16:26; 1 Co. 16:13; 1 Ti. 1:19b; Jud. 3, 20). De hecho, en su aspecto objetivo, la fe es la economía neotestamentaria de Dios.

*Según la denotación en cuanto al aspecto subjetivo,  
la fe se refiere a la acción de creer*

Según la denotación en cuanto al aspecto subjetivo, la fe se refiere a la acción de creer (Lc. 18:8; Mr. 11:22; 1 Ti. 1:19a). La predicación, enseñanza y ministerio apropiados nos presentan el aspecto objetivo de la fe, es decir, presentan el contenido mismo de la economía de Dios, el cual constituye una maravillosa escena. Cuando en los demás, incluso en el más recalcitrante de los ateos, se despierta el interés por conocer esta gloriosa escena, tal aspecto objetivo de la fe genera en ellos la capacidad de creer. Debido a que en ellos se ha despertado el aprecio por la escena de la economía de Dios, a pesar de sus propios deseos y a pesar de su rebeldía, dicha escena les causa una impresión indeleble. Así, de manera espontánea, sin tener que esforzarse por creer, sin haber tenido el menor deseo de creer y sin habérselo propuesto, ellos creen en lo que les ha sido presentado. Tal acción de creer es el aspecto subjetivo de la fe. Esto es una indicación de que la fe no procede de nosotros, sino de Dios, quien es la fuente de la fe. Así pues,

el aspecto objetivo de la fe es tanto aquello que genera la fe en su aspecto subjetivo, como el objeto de ésta. Así, ocurre una maravillosa interacción entre ambos aspectos de la fe.

En 1 Tesalonicenses 3, Pablo manifiesta su profunda preocupación por los nuevos creyentes en una iglesia tan joven como la de Tesalónica. Hacía apenas un mes que ellos se habían convertido, cuando Pablo fue obligado a abandonar dicha ciudad a causa de una intensa persecución (Hch. 17:1-10). Pablo escribió: “Por lo cual, no pudiendo soportarlo más, nos pareció bien quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo, hermano nuestro y colaborador de Dios en el evangelio de Cristo, para confirmaros y alentaros respecto a vuestra fe” (1 Ts. 3:1-2). A continuación, en el versículo cinco, Pablo dice: “Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano”. Es como si Pablo dijera: “¿Todavía tienen frente a sus ojos la escena de fe? ¿Cómo está vuestra fe?”. Luego, Timoteo retornó con noticias alentadoras que llenaron de energías a Pablo, permitiéndole permanecer firme en medio de toda aflicción, tal como él mismo relata: “Pero cuando Timoteo volvió de vosotros a nosotros, y nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor, y que siempre nos recordáis con cariño, deseando vernos, como también nosotros a vosotros, por ello, hermanos, en medio de toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados de vosotros por medio de vuestra fe; porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor” (vs. 6-8). En efecto, Timoteo pudo decirle a Pablo: “Los creyentes tesalonicenses han permanecido firmes en la fe. Ellos tienen la mirada puesta en la escena y creen con la fe de Dios”.

**La economía de Dios se funda en la fe, es decir, existe  
en la esfera y el elemento de la fe,  
en Dios y por medio de Cristo**

La economía de Dios se funda en la fe, es decir, existe en la esfera y el elemento de la fe, en Dios y por medio de Cristo. La economía de Dios es la esfera, el ámbito, de la fe. Por tanto, tenemos que permanecer en el ámbito de la fe a fin de participar de la economía neotestamentaria. Nosotros poseemos el elemento de la fe, por medio del cual podemos dar sustantividad a todas las realidades invisibles, las cuales, así, llegan a ser reales para nosotros.

**La economía neotestamentaria de Dios,  
la cual consiste en que Dios mismo  
sea impartido en Sus elegidos,  
no se lleva a cabo en la esfera de lo natural  
ni en el ámbito de las obras de la ley,  
sino en la esfera espiritual de la nueva creación  
mediante la regeneración por la fe en Cristo**

La economía neotestamentaria de Dios, la cual consiste en que Dios mismo sea impartido en Sus elegidos, no se lleva a cabo en la esfera de lo natural, ni en el ámbito de las obras de la ley, sino en la esfera espiritual de la nueva creación mediante la regeneración por la fe en Cristo (Gá. 6:14-15; 3:23-26). Esta fe no guarda relación alguna con lo que usted es por naturaleza. Por tanto, es irrelevante el que usted sea una persona crédula que tiende a creer todo lo que le dicen, o que usted sea una persona escéptica que duda y cuestiona todo cuanto se le dice. La fe no depende de nada que sea natural, ¡la fe depende de Dios! Por tanto, los creyentes son personas que, a la larga, aprenden a levantarse en contra de lo que son por naturaleza. ¿A quién le es más difícil impartir un mensaje adecuadamente? ¿A aquel que no es elocuente por naturaleza o a aquel que posee dicho don? Ciertamente ello resulta más difícil para las personas elocuentes, pues ellas tienen que aprender a oponerse a lo que son por naturaleza y renunciar a sí mismos, a fin de poder confiar en Dios para cada palabra que pronuncien. Si algo es natural, tenemos que abandonarlo por completo. No debiéramos examinarnos a nosotros mismos y preguntarnos: “¿Tengo fe? ¿Tengo suficiente fe? ¿Tengo la fe de Dios?”, pues jamás encontraremos la fe en nosotros mismos. ¡Tenemos que levantar la mirada y fijarla en Jesús! Él es el Autor, el Originador, el Perfeccionador de nuestra fe (He. 12:2).

*Es por medio de la fe que nacemos de Dios y somos hechos hijos  
Suyos, aquellos que son partícipes de Su vida  
y Su naturaleza a fin de expresarlo*

Es por medio de la fe que nacemos de Dios y somos hechos hijos Suyos, aquellos que son partícipes de Su vida y Su naturaleza a fin de expresarlo (Gá. 3:26; Jn. 1:12-13; 2 P. 1:4). Al respecto, debemos corregir un error de la escuela teológica conocida como “Teología Reformada”; se trata de un error en su lógica. De acuerdo con la Teología

Reformada, la regeneración es requisito previo para la fe. Esto equivale a decir que nosotros éramos criaturas pasivas e inertes sobre las cuales Dios, en Su soberanía, opera y a las cuales Él regenera y que, como resultado de todo ello, nosotros finalmente creímos. Sin embargo, de acuerdo con la verdad, ser regenerados es recibir otra vida, la vida eterna, la vida divina, la vida increada, la vida de Dios. En palabras claras y sencillas, Juan nos dice que recibimos la vida eterna al creer en el Hijo de Dios (1 Jn. 5:13; Jn. 1:12-13).

*Es por medio de la fe que somos puestos en Cristo y llegamos a ser miembros de Su Cuerpo, aquellos que son partícipes de todo lo que Él es a fin de expresarlo*

Es por medio de la fe que somos puestos en Cristo y llegamos a ser miembros de Su Cuerpo, aquellos que son partícipes de todo lo que Él es a fin de expresarlo (Jn. 3:15; Ro. 12:4-5).

### **Tres consideraciones útiles con respecto a la fe**

Ahora quisiera tener comunión en torno a tres consideraciones acerca de la fe, que serán de ayuda a medida que avancemos en este mensaje. Estos tres asuntos son: el principio subyacente a la fe, la fe en su aspecto subjetivo y las pisadas de Abraham. El último asunto representa un ejemplo del segundo.

#### *El principio subyacente a la fe*

En la Biblia, la fe es un principio muy importante. El principio subyacente a la fe podría definirse con una simple frase: “Deténgase y confíe en el Señor”. En primer lugar, debemos detener nuestras actividades, nuestros esfuerzos y nuestra labor. Una vez que nos detenemos, no debemos preocuparnos de que nada ocurra, pues cuando nos detengamos, Dios estará presente. Entonces, podremos simplemente creer en Él y confiar en Él. Este es el principio subyacente al día de reposo, el reposo sabático: “En lugar de laborar, deben darse cuenta de que Dios ya lo hizo todo. Ni siquiera hagan el intento, pues Dios ha provisto todo lo necesario”. Por tanto, no es necesario que trabajemos ni que hagamos nada, pues es Dios quien lo hace todo y quien lleva a cabo todo a fin de que nosotros lo disfrutemos (1 Ti. 6:17). Este principio, el principio de la fe, debe regir toda nuestra vida cristiana.

Por otro lado, y conforme al mismo principio, debemos darnos cuenta de que Dios detesta todo aquello que provenga de nosotros

mismos. En otras palabras, Dios detesta todo aquello que realizamos por nosotros mismos y que procede de nosotros mismos. Es por eso que el Señor le dijo a Abraham que echara de su casa a la esclava, Agar, y a su hijo, Ismael (Gá. 4:30; Gn. 21:10). El hijo de la esclava no heredará nada que le corresponda al hijo de la libre. Dios aborrece todo aquello que se origine en nuestro yo, incluso si se trata de oraciones, actos de consagración personal o trabajos. Siempre y cuando sea algo que pertenezca al yo, sea realizado por medio del yo o esté relacionado con nuestro yo, Dios lo aborrece. Dios está empeñado en que todos nosotros lleguemos al punto en que nos detengamos y le digamos: “Señor, yo no sé qué es la oración. Señor, ¿qué es la oración? Señor, quisiera conocer la esencia de la oración”. El principio subyacente a la fe es simplemente: “Deténgase y confíe en Dios”.

#### *La fe en su aspecto subjetivo*

Ahora, examinaremos una serie de aspectos concernientes a la faceta subjetiva de la fe, la cual se refiere a la acción de creer. En primer lugar, la fe es creer que Dios es y que nosotros no somos. En Hebreos 11:6 se nos dice: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que existe.” Estrictamente hablando, Dios no existe. Todo lo creado “existe”. Por ejemplo, nosotros fuimos creados; por tanto, “existimos”. Sin embargo, Dios no es un ser que existe junto a otros seres que también existen; Dios simplemente es. Él es el Yo Soy. Y debido a que Dios es el Yo Soy, Él no necesitó que alguien lo crease. Es inútil querer encontrar una causa para la “existencia” de Dios por medio de analizar las causas y efectos fundamentales. Si intentamos algo así, probablemente nos demos de narices con la declaración divina contenida en Éxodo 3:14, en la que Dios nos dice: “YO SOY EL QUE SOY”. En ese sentido, afirmar que Dios es, implica que nosotros no somos. Hace ochenta años, nosotros no existíamos; y de no ser por la gracia de Dios, de aquí a ochenta años no existiríamos. Nosotros simplemente creemos que Dios es, lo cual implica que nosotros no somos. Será un gran día cuando comprendamos esto de una vez por todas. Entonces, cesarán todos nuestros intentos.

En segundo lugar, la fe es una proclamación doble. El hermano Lee dijo que la fe “consiste en proclamar que somos absolutamente incapaces de cumplir con lo que Dios requiere de nosotros, pero que Dios lo ha hecho todo en nuestro lugar y nosotros, simplemente, recibimos

lo que Él ha hecho” (*Life-study of Titus* [Estudio-vida de Tito], pág. 2). Creer, entonces, equivale a proclamar: “Yo no puedo lograr lo que se requiere de mí, ni puedo aceptar mis circunstancias, ni tampoco puedo llegar a ser la clase de persona que debo ser; no puedo ser una persona justa, ni una persona que ama a otros con pureza de corazón y me es imposible consagrarme absolutamente a Dios”. Ciertamente, para usted es imposible, pero Dios ya lo hizo todo y lo es todo, y Él únicamente desea que usted reciba lo que Él ha hecho. Por tanto, creer es recibir. Si a usted le aflige ser una persona tan natural, y si usted es una persona que pasa la mayor parte del tiempo examinándose a sí misma en lugar de fijar su mirada en el Cristo que está en gloria, entonces debe darse cuenta de que todos sus problemas fueron resueltos cuando el Señor murió por usted en la cruz (Ro. 6:6).

Esta proclamación se compone de dos partes, y la primera consiste en declarar: “yo no puedo”. Sin embargo, para muchos de nosotros, allí acaba todo y no hacemos la segunda parte de esta proclamación. Esto se debe a que, al menos en la práctica, somos ateos. Aun cuando sabemos que Dios es, nosotros nos comportamos como si Él no fuese. En consecuencia, pensamos que si nosotros no podemos ser la clase de persona que debemos ser, ni podemos lograr aquello que se requiere de nosotros, entonces todo ha concluido. Sin embargo, esto no es el final. Más bien, es apenas el inicio. Ciertamente, Dios sí puede. Ciertamente, Dios sí puede ser un vencedor, Él puede orar sin cesar, Él puede ser santo y victorioso. Por tanto, la segunda parte de esta proclamación doble es: “Él puede”. Que todos nosotros seamos iluminados y proclamemos de corazón ante el Señor: “Señor, para mí es imposible lograr lo que se espera de mí, es imposible ser la persona que debo ser y es imposible hacer lo que se me exige. Pero Tú sí puedes, y yo creo en Ti”. También podríamos decirle al enemigo: “No me tientes a procurar hacer algo por mí mismo ni a tratar de ser alguien que no soy. En el pasado, tú siempre me has tentado a realizar mis propios intentos. Ahora, diablo, cállate y vete al lago de fuego. Yo ya dejé de tratar, ¡ahora estoy disfrutando la gracia de Dios!”.

En tercer lugar, la fe consiste en recibir y aceptar todo lo que Dios planeó, hizo y nos dio.

En cuarto lugar, la fe es percatarse de quién es Jesús. En Mateo 8 se nos cuenta la historia de un centurión que tenía un esclavo enfermo y que mandó informar al Señor acerca de esto (Lc. 7:3-5). Cuando este centurión finalmente se encontró con el Señor, le dijo más o menos lo

siguiente: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, por ello, ni siquiera me atreví a pedirte personalmente que vengas. Pero sé que Tú también eres un hombre que está bajo autoridad y que, debido a ello, cuando Tú hablas, lo haces con autoridad, y todo cuanto Tú dices, sucede. Así pues, no te pido que vengas a mi casa; solamente di la palabra, y mi criado quedará sano”. (Mt. 8:8-9; Lc. 7:6-8). Al escuchar esto, el Señor dijo: “En nadie he hallado una fe tan grande en Israel” (Mt. 8:10). Este centurión poseía una fe tan grande debido a que había percibido quién era Jesús. En el Evangelio de Mateo, este incidente se halla vinculado a la primera instancia en los Evangelios en la que se describe una tormenta. Allí, el Señor estaba durmiendo en el fondo del bote, mientras los doce se esforzaban por combatir el viento y las olas. En tales circunstancias, los discípulos hicieron una oración que expresaba su pánico, en la cual no faltaron las acusaciones de siempre en contra del Señor: “¿Señor, no te importa que perezcamos?”. Ante tales reclamos, no encontramos señal alguna en los Evangelios de que el Señor se hubiese enojado. Él simplemente se despertó, reprendió al viento y a las olas y a los demonios y espíritus malignos que operaban detrás de tales fenómenos y, entonces, se produjo una gran calma. Ante lo cual los hombres se asombraron y dijeron: “¿Qué clase de hombre es éste?” (v. 27). El Señor reconvinó a Sus discípulos llamándolos “hombres de poca fe” (v. 26). Él parecía decirles: “¿No se dan cuenta con quién están en el bote?”. Percatarse de quién es Jesús, engendra fe en nosotros. La fe es Dios mismo quien, de manera subjetiva, es aplicado a nuestro ser.

En quinto lugar, esta fe es llamada la “fe en Dios” (Mr. 11:22-24). Cuando Dios llega a ser subjetivo para nosotros mediante Su impartir divino, entonces, la fe que Dios posee, la fe que Él es, llega a ser nuestra. Así que, cuando oramos, oramos con la fe de Dios. El hermano Nee nos ha ayudado a comprender que frecuentemente planteamos las preguntas incorrectas. Por ejemplo, preguntamos: “¿Tengo fe? ¿Estoy lleno de fe? ¿Soy una persona de fe?”. Estas son las preguntas equivocadas. Si hacemos esta clase de preguntas, obviamente llegaremos a la conclusión de que no tenemos fe. Pero nuestras preguntas debieran ser: “¿Qué clase de Dios tengo?”. Tenemos que darnos cuenta de que no es que necesitemos más fe, sino que necesitamos más de Dios. Esto se debe a que cuando Dios se imparte en nosotros, la fe surge en nuestro ser.

La fe nos vincula al Dios Triuno procesado y consumado y nos une a Él. Por tanto, la fe nos permite apreciar las infinitas riquezas del Dios

Triuno y nos permite darles sustantividad y hacerlas nuestras. En palabras sencillas, cuando poseemos fe, dejamos de tratar, porque nos damos cuenta de que Dios “es” y que nosotros “no somos”. A Dios le desagrada que nosotros, en lugar de creer en Él, pongamos nuestra confianza en nuestros propios esfuerzos. Pero cuando nos detenemos, le recibimos y creemos en Él, entonces, sentimos aprecio por Sus riquezas, les damos sustantividad y las recibimos en nuestro ser. De esta manera, todo lo que es de Dios llega a ser real para nosotros.

A veces, ciertos santos se encuentran en una etapa en la que dicen: “Lo que yo anhelo es realidad. Quizás ustedes conozcan las doctrinas, pero ¿poseen la realidad de las mismas?”. Tales santos deben darse cuenta de que la realidad es el propio Dios Triuno. La fe da sustantividad a la realidad de todo lo que Dios es. De hecho, “las personas de fe” son “las personas de la realidad”, pues sin fe, nada es real para uno. Sin fe, nos convertimos en ateos en quince minutos. Si permanecemos en nuestra mente, entonces nada será real para nosotros y todo se habrá desvanecido. Aun cuando parezca que todo se ha desvanecido, la realidad todavía subsiste. Sin embargo, Dios ha dispuesto que la realidad permanezca escondida durante esta era; y la manera en que podemos dar sustantividad a dicha realidad, es que Dios se infunda en nuestro ser como nuestra capacidad para creer.

### *Las pisadas de la fe de Abraham*

A fin de darnos un ejemplo ilustrativo del aspecto subjetivo de la fe en nuestra experiencia, Dios nos ha relatado la historia de una persona que era idólatra en todo el sentido de la palabra. En la Biblia, nada nos indica que Abraham hubiese creído en el único Dios vivo y verdadero antes de ser llamado por Él. Abraham vivió en Ur de los caldeos, una tierra de ídolos, y tanto él como su padre sirvieron a otros dioses (Jos. 24:2). En Babel, el mundo entero estaba unido en su rebelión en contra de Dios. Como resultado de ello, Dios había abandonado al linaje humano que Él creó y, finalmente, Él determinó tener un nuevo comienzo con Abraham. Dios llamó a Abraham y lo hizo el padre de la fe, el padre de los creyentes. En Romanos 4:12 dice que nosotros seguimos “las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham”. La epístola a los Gálatas estaba dirigida a los muchos “Abraham”. Los verdaderos creyentes son hijos de Abraham. En Gálatas 3:7 dice: “Sabed, por tanto, que los que son de la fe, éstos son hijos de Abraham”. Abraham, pues, es nuestro padre, y nosotros somos su descendencia, su linaje. Así pues,

lo que Abraham experimentó ejemplifica la fe desde el punto de vista de nuestra experiencia.

Identifiquemos los cuatro pasos más importantes respecto a la fe de Abraham. En primer lugar, Hechos 7:2 nos hace saber que el Dios de gloria se apareció a Abraham, con lo cual, al resplandecer en él, el elemento mismo de Dios le fue infundido. Según Hebreos 11:8, Abraham salió sin saber adonde iba. Esto indica que la fe hace que seamos trasladados del árbol del conocimiento del bien y del mal, al árbol de la vida. Las personas de fe simplemente andan regidas por Dios, sin necesidad de saber. Esto quiere decir que ellas no se conducen regidas por el árbol del conocimiento del bien y del mal. En 1970, cerca de cuarenta santos emigraron de Los Ángeles a Chicago. Carecíamos de todo sentido práctico: el Señor nos encargó mudarnos a Chicago, así que alquilamos camiones de mudanza y nos mudamos a Chicago, sin tener allí empleo alguno ni tampoco lugar en donde vivir. Nosotros no sabíamos nada sobre la disponibilidad de viviendas en aquella región, ni conocíamos cuál era el nivel de los salarios en esa ciudad; simplemente nos mudamos sin saber qué nos esperaba. ¡Era tan bueno no saber! ¡Oh, quiera el Señor despertar tal anhelo en algunos de nosotros y que, al recibir tal encargo, vayamos a Europa oriental o a cualquier otro lugar al que el Señor nos guíe, sin saber nada, excepto que tenemos que ir!

En segundo lugar, Abraham dio el paso de fe para ser justificado. En Génesis 15:6, Abraham creyó en Dios y le fue contado por justicia. Así pues, nosotros somos hechos justos por medio de la fe, y somos justificados —somos aprobados por Dios en conformidad con la norma que corresponde a Su justicia— mediante la fe.

En tercer lugar, Abraham recibió a Isaac, el hijo de la promesa, por medio de la fe. Sin embargo, como vimos en el mensaje previo, esto ocurrió después que él actuó en su carne. Como resultado de tal acción, Dios se escondió de Abraham por trece años. Cuando Dios finalmente visitó a Abraham, se le reveló como *El Shadai*. Fue entonces cuando Dios le ordenó a Abraham cortar su propia carne: “Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio” (Gn. 17:11); Dios mandó esto a fin de aniquilar en Abraham su capacidad de realizar cualquier cosa sin Dios. Entonces, le dijo a Abraham que en aproximadamente un año, Sara tendría un hijo (vs. 19, 21). Cuando Sara escuchó esto, se rió, pues no lo creía posible (18:12), y Dios les dijo que llamasen al niño Isaac, que significa: “él ríe”. Por tanto, Isaac vino por medio de la



fe. Para entonces, Abraham había llegado a conocer a Dios como Aquel que llama las cosas que no son, como si fuesen. Este Dios es el Dios que primero nos dice algo, y luego nos pone en una situación en la que aquello que nos fue anunciado por Dios mismo, ahora nos resulta imposible; sólo entonces, cuando es imposible que nosotros hagamos algo al respecto, Él lo realiza.

La culminación del tercer paso representó para Abraham su momento más glorioso. La profecía, incluso el pacto, con respecto a Isaac consistía en que él sería la simiente y que, por medio de él, la bendición alcanzaría a las naciones de la tierra. No obstante, fue entonces cuando Dios vino a Abraham y le dijo que tenía que subir a uno de los montes de la tierra de Moriah y ofrecer a Isaac en holocausto (Gn. 22:2). En esto consiste el cuarto paso: Abraham obedeció a Dios en fe. Fue entonces cuando Abraham se vio en el núcleo de una contradicción, es decir, se vio tirado desde dos direcciones opuestas. Dios le había dicho que, por medio de Isaac, la bendición vendría y la simiente sería multiplicada. Pero ahora, Dios parecía contradecir Su propia palabra al decirle a Abraham que debía sacrificar a Isaac. Abraham ciertamente tenía la convicción de que Isaac era la simiente prometida, aún así, él sabía que tenía que obedecer en fe al mandato de Dios y sacrificar a Isaac. El resultado de tal conflicto fue que Abraham llegó a conocer a Dios como Aquel que da vida a los muertos. En tal ocasión, Abraham fue llevado a la cumbre. Por ello, aquel lugar en los montes de Moriah fue llamado por Abraham “Jehová-jireh”, que significa “Jehová proveerá” (v. 14). Él estaba en el monte de Moriah, pero después, el nombre de aquel monte fue cambiado a Sion, el lugar de la morada de Dios.

Abraham no generó esta clase de fe por sí mismo. No aconteció que él simplemente decidió creer un día, ni tampoco fue fruto de que él haya prometido enmendar sus caminos la próxima vez que enfrentara una prueba parecida. Más bien, fue Dios quien se le apareció, fue Dios quien le hablaba y se infundía en él y fue Dios quien hizo de Abraham un creyente. Abraham percibió que él no era un gigante de la fe. El cristianismo tiene una imagen distorsionada de Abraham y le conoce como un gigante de la fe. En realidad, Abraham no era, pero Dios es. El hermano Nee dijo que la fe es como una pequeña llama de fuego que titila en nosotros; sin embargo, esta fe del tamaño de una semilla de mostaza es una fe tan poderosa, que con ella somos capaces de mover

toda una montaña. Ahora, nosotros somos los hijos de Abraham, el creyente.

La lección fundamental que se desprende de esta comunión en torno a estas tres consideraciones es la siguiente: Primero, debemos estar dispuestos a recibir a Dios y estar deseosos de darle cabida en nuestro ser, debemos permitir que Él resplandezca en nuestro ser, pase tiempo con nosotros, nos visite, nos abra Su corazón y nos hable. Luego, tenemos que repudiar todo cuanto somos en la carne y renunciar a ello, así como repudiar lo que somos por naturaleza y todo lo que somos capaces de hacer. Si optamos por esta senda, seremos verdaderamente los “Abraham” de hoy; y como tales, tenemos que renunciar a nuestro pasado, a nuestras capacidades e, incluso, a nuestra incapacidad, pues nos habremos dado cuenta de que todo cuanto se relaciona con nosotros mismos es irrelevante. Lo único que comprendemos es que poseemos a Dios y creemos en Él.

**“AQUEL QUE EN OTRO TIEMPO NOS PERSEGUÍA,  
AHORA ANUNCIA COMO EVANGELIO LA FE...”**

En Gálatas 1:23 Pablo recuerda lo que los santos decían de él cuando recién había sido salvo: “Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora anuncia como evangelio la fe...”. La fe a la que Pablo se refiere en este versículo es principalmente la fe en su aspecto objetivo. En relación con esta fe, quisiera formular una pregunta que responderé más adelante. En el versículo 16 Pablo dice que a Dios le había complacido revelar a Su Hijo en él, y que Aquel que le había sido revelado era el evangelio que él anunciaba. Pero ahora, en el versículo 23, Pablo afirma que el evangelio que él anunciaba era la fe. Entonces, ¿qué era lo que Pablo anunciaba como evangelio: el Hijo o la fe? Obtendremos la respuesta a esta pregunta dentro de poco.

**La fe mencionada en Gálatas 1:23 implica la acción  
de creer en Cristo, mediante la cual hacemos  
de Su persona y Su obra redentora el objeto de nuestra fe**

La fe mencionada en Gálatas 1:23 implica la acción de creer en Cristo, mediante la cual hacemos de Su persona y Su obra redentora el objeto de nuestra fe (1 Ti. 3:9; 2 Ti. 4:7; cfr. 1 Ti. 6:10). Cristo ha efectuado Su obra redentora; Él murió al pecado una vez y para siempre (Ro. 6:10). Así, todos los problemas han sido resueltos. Mientras que la fe siempre se apoya en el pasado, la esperanza, en cambio, siempre

tiene en cuenta el futuro. Por ejemplo, cuando usted dice: “Señor, yo creo que Tú harás esto”, en realidad no está ejercitando su fe, sino la esperanza. Si después de leer Romanos 8:2 usted declara: “Señor, yo creo que la ley del Espíritu de vida me libraré...”, todavía está ejercitándose en la esperanza, mas no ha creído aún. Cuando uno cree verdaderamente, a causa de haber asimilado la palabra de Dios, podrá declarar —en medio de cualquier situación— que la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús ya lo liberó. En esto consiste la fe.

Necesitamos recibir la visión de la muerte todo-inclusiva de Cristo. ¿Qué prefieren declarar: que el diablo *será* destruido o que el diablo *ya ha sido* destruido? Ciertamente debemos afirmar que el diablo ya ha sido destruido. Afirmamos esto basados en la Palabra de Dios y no como consecuencia de pensar positivamente. En Hebreos 2:14 dice que el diablo ya fue destruido; esta es una realidad. No debemos confundir los hechos con nuestra experiencia. Así, lograremos percatarnos de muchas cosas con respecto a la verdad en términos de nuestra experiencia.

**En el Antiguo Testamento, Dios se relacionaba con Su pueblo por medio de la ley, pero la fe ha reemplazado a la ley, de modo que ahora la fe se ha convertido en el principio gobernante mediante el cual Dios se relaciona con Su pueblo en el Nuevo Testamento**

En el Antiguo Testamento, Dios se relacionaba con Su pueblo por medio de la ley, pero la fe ha reemplazado a la ley, de modo que ahora la fe se ha convertido en el principio gobernante mediante el cual Dios se relaciona con Su pueblo en el Nuevo Testamento (Gá. 3:22-24). Esta fe caracteriza a los creyentes de Cristo y los distingue de los que guardan la ley; este es el énfasis principal del libro de Gálatas. La ley del Antiguo Testamento hace hincapié en la letra de la ley y en los preceptos de la misma, mientras que la fe del Nuevo Testamento recalca el Espíritu y la vida divina.

La ley y la fe no pueden coexistir. Conforme a Gálatas 3, la ley debía estar vigente sólo hasta que Cristo viniese (v. 19). Pero ahora, la fe ha venido. Puesto que la fe ha llegado, ya no estamos bajo la ley. En principio, la ley corresponde a la economía del Antiguo Testamento, mientras que la fe corresponde a la economía del Nuevo Testamento. Así pues, solamente existen dos opciones: o somos personas de la ley y la ley es nuestra fuente, o somos personas de fe, cuyo

vivir se origina en la fe. Ciertamente es un hecho que la fe ha venido. Por tanto, si bien en términos objetivos ha habido un cambio de dispensación, todavía es necesario que nosotros, en términos subjetivos, experimentemos dicho cambio personalmente. Así pues, todos y cada uno de nosotros debemos experimentar un gran traslado dispensacional y ser trasladados de la dispensación de la ley a la de la fe. Una vez que experimentemos tal traslado internamente, seremos creyentes aun sin proponérselo.

**“Y SABIENDO QUE EL HOMBRE NO ES JUSTIFICADO POR LAS OBRAS DE LA LEY, SINO POR LA FE EN JESUCRISTO, NOSOTROS TAMBIÉN HEMOS CREÍDO EN CRISTO JESÚS, PARA SER JUSTIFICADOS POR LA FE EN CRISTO Y NO POR LAS OBRAS DE LA LEY”**

“Y sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, nosotros también hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley” (2:16). Creer *en* Cristo Jesús no significa meramente tomarle como el objeto de nuestra fe, sino participar de una unión orgánica con Él, lo cual es subjetivo y práctico. Con todo mi amor les suplico: ¡Dejemos de tratar de cambiar! ¡Dejemos de preocuparnos acerca de nuestra condición! ¡Dejemos de lamentarnos de nuestra historia! Eso simplemente hará que nos esforcemos aún más por tratar de cambiar; entonces oraremos: “Señor, si Tú me perdonas una vez más, no lo vuelvo a hacer”. Luego, después que Él nos haya perdonado, volveremos a repetir lo mismo una y otra vez. En esto consiste el esfuerzo de la carne. Pero la verdad es elegantemente sencilla: detengámonos, creamos, recibamos y disfrutemos.

**La fe es el único requisito para que tengamos contacto con Dios en Su economía neotestamentaria**

La fe es el único requisito para que tengamos contacto con Dios en Su economía neotestamentaria (1 Ti. 1:4; He. 11:6). Frecuentemente le decimos al Señor: “Señor, Te amo”. Pero ¿cuántas veces le decimos: “Señor, yo creo en Ti”? Deberíamos orar: “Señor, yo creo en Ti en este instante. Quiero decirte que, sin importar cómo me sienta, aun si me siento enfermo, yo creo en Ti. Señor, yo creo que Tú estás haciendo Tu hogar en mi corazón en este momento. A pesar de que mis circunstancias no me motivan a creer, simplemente creo”. Él está haciendo Su hogar en nuestros corazones por medio de la fe (Ef. 3:17a).

**La fe en Cristo, mediante la cual los creyentes son justificados, se relaciona con el aprecio que ellos tienen por la persona del Hijo de Dios, a quien consideran lo más valioso**

La fe en Cristo, mediante la cual los creyentes son justificados, se relaciona con el aprecio que ellos tienen por la persona del Hijo de Dios, a quien consideran lo más valioso. En Hebreos 12:2 leemos: “Puestos los ojos en Jesús, el Autor y Perfeccionador de nuestra fe, el cual por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”. Las notas de pie de página de la *Versión Recobro* del Nuevo Testamento nos explican este asunto de manera maravillosa:

La palabra griega traducida *puestos los ojos*, denota mirar fijamente apartando la mirada de cualquier otro objeto. Los creyentes hebreos tenían que volver la mirada de todas las cosas de su ambiente, de su antigua religión, o sea, el judaísmo, y su persecución, y de todas las cosas terrenales, para poner los ojos en Jesús, quien ahora está sentado a la diestra del trono de Dios en los cielos (nota 1).

El Jesús maravilloso, quien está entronizado en los cielos y coronado con gloria y honor (2:9), es la mayor atracción que existe en el universo. Él es como un enorme imán, que atrae a todos los que le buscan. Al ser atraídos por Su belleza encantadora, dejamos de mirar todo lo que no sea Él. Si no tuviéramos un objeto tan atractivo, ¿cómo podríamos dejar de mirar tantas cosas que nos distraen en esta tierra? (nota 2).

[La palabra *Autor* también puede ser traducida] Originador, Inaugurador, Líder, Pionero, Precursor. La misma palabra griega es usada en 2:10. Los santos vencedores del Antiguo Testamento solamente son testigos de la fe, mientras que Jesús es el Autor de la fe. Él es el Originador, el Inaugurador, el origen y la causa de la fe. En nuestro hombre natural no tenemos la capacidad de creer. No tenemos fe por nosotros mismos. La fe por medio de la cual somos salvos es la fe preciosa que hemos recibido del Señor (2 P. 1:1). Cuando ponemos los ojos en Jesús, Él como Espíritu vivificante (1 Co. 15:45) se infunde en nosotros, y nos infunde Su elemento que hace creer. Luego,

espontáneamente, cierta clase de fe surge en nuestro ser, y así tenemos la fe para creer en Él. Esta fe no proviene de nosotros, sino de Aquel que se imparte en nosotros como el elemento que cree, a fin de que Él crea por nosotros. Por consiguiente, Él mismo es nuestra fe. Vivimos por Él como nuestra fe; es decir, vivimos por Su fe (Gá. 2:20), y no por la nuestra.

Jesús, como el Autor y el origen de la fe, también es el Líder, el Pionero y el Precursor de la fe. Él abrió el camino de la fe y, como Precursor, fue el primero que anduvo en él. Por lo tanto, puede llevarnos en Sus pisadas por el camino de la fe. Mientras ponemos los ojos en Él, el Originador de la fe en Su vida y en Su camino sobre la tierra, y el Perfeccionador de la fe en Su gloria y en el trono en los cielos, Él nos imparte y nos infunde la fe a la que dio origen y perfeccionó (nota 3).

[La palabra *Perfeccionador* también puede traducirse] Consumador, Completador. Jesús también es el Consumador, el Completador de la fe. Él concluirá lo que originó. Él completará lo que inauguró. Si ponemos los ojos en Él continuamente, Él culminará y completará la fe que necesitamos para correr la carrera celestial (nota 4).

***Desde el punto de vista de la experiencia, la fe puede definirse como la preciosidad de Jesús infundida en nuestro ser***

Desde el punto de vista de nuestra experiencia, la fe puede definirse como la preciosidad de Jesús infundida en nuestro ser. Puesto que esta es la situación, ¿acaso no deberíamos poner los ojos en Jesús? Cuando Su preciosidad se infunde en nosotros, se convierte en nuestra fe.

***La fe auténtica es Cristo mismo infundido en nosotros para ser nuestra capacidad de creer en Él; así pues, después que el Señor Jesús se infunde en nosotros, Él espontáneamente llega a ser nuestra fe***

La fe auténtica es Cristo mismo infundido en nosotros para ser nuestra capacidad de creer en Él; así pues, después que el Señor Jesús se infunde en nosotros, Él espontáneamente llega a ser nuestra fe. El Señor sabe que nosotros no podemos creer. Aun si pudiéramos hacerlo, ello no sería saludable, ya que las personas creen en toda clase

de cosas. Aquí no estamos hablando sólo de la capacidad para creer. Dios no desea que nosotros creamos por nuestro propio esfuerzo; más bien, Él desea infundir en nosotros a Su precioso Hijo, el Cristo todo-inclusivo, a fin de que Él mismo sea nuestra capacidad para creer en Él. Entonces, podremos creer a pesar de nuestro hombre natural.

Es posible padecer una especie de “esquizofrenia” temporal en la cual una parte de nosotros no cree, mientras que la otra sí cree. Finalmente, si permanecemos junto al Señor el tiempo suficiente, simplemente creeremos. Esta fe está en nosotros, pero no es nuestra; es de Él. Por tanto, Efesios 2:8 dice que hemos sido salvos por gracia por medio de la fe, la cual no es de nosotros, pues es don de Dios.

**Al creer en Cristo, entramos en Él; así, en virtud de la fe, entramos en Cristo y llegamos a ser un solo espíritu con Él**

Al creer en Cristo, entramos en Él; así, en virtud de la fe, entramos en Cristo y llegamos a ser un solo espíritu con Él (Jn. 3:15; 1 Co. 6:17).

“LA VIDA QUE AHORA VIVO EN LA CARNE,  
LA VIVO EN LA FE DEL HIJO DE DIOS,  
EL CUAL ME AMÓ Y SE ENTREGÓ A SÍ MISMO POR MÍ”

**La fe es el medio por el cual el pueblo de Dios capta, comprende, asimila, disfruta y participa de todo lo que Dios llegó a ser para los Suyos en virtud del proceso por el que pasó**

En Gálatas 2:20b dice: “Y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí”. La fe es el medio por el cual el pueblo de Dios capta, comprende, asimila, disfruta y participa de todo lo que Dios llegó a ser para los Suyos en virtud del proceso por el que pasó.

**La fe del Hijo de Dios se refiere a la fe de Jesucristo en nosotros, la cual se convierte en la fe con la cual creemos en Él**

La fe del Hijo de Dios se refiere a la fe de Jesucristo en nosotros (v. 16), la cual se convierte en la fe con la cual creemos en Él (3:22; Ro. 3:22, 26). Al inicio del mensaje pregunté: “¿Qué era lo que Pablo anunciaba como evangelio: el Hijo de Dios o la fe?”. Pablo dice en Gálatas 1:16 que él anunció al Hijo como evangelio, pero en 1:23 él dice que anunciaba la fe como evangelio. Luego, en la segunda parte del capítulo dos, él revela que Cristo ha reemplazado la ley. Aún más, en el

capítulo tres Pablo nos dice que tanto la simiente, que es Cristo, como la fe, han venido. Entonces, ¿cuál es nuestro evangelio: Cristo o la fe? ¿Es Cristo o la fe lo que reemplaza la ley? ¿Fue Cristo o la fe quien vino? Es un hecho que Cristo, Dios y la fe son una sola entidad. Juan 1:17 proclama que la gracia y la realidad vinieron por medio de Jesucristo. Romanos 3:22 contiene la expresión *la fe de Jesucristo*. Si consideramos todo esto conjuntamente —el evangelio, la sustitución de la ley y la venida de Cristo—, veremos que la venida de Cristo fue la venida de la fe. Que Cristo sea el evangelio significa que la fe es nuestro evangelio. Que Cristo haya reemplazado la ley significa que la fe ha reemplazado la ley. Que Cristo haya venido significa que la fe ha venido. Cuando juntamos estas tres líneas, tenemos la fe que es de Cristo, la cual nos es infundida internamente para llegar a ser la fe que es en Cristo (Gá. 2:16). Simplemente necesitamos permitir que el Señor ilumine nuestro ser; entonces Él nos hará creyentes.

**A medida que escuchamos al Señor y le valoramos, Él engendra fe en nosotros, capacitándonos para creer en Él**

A medida que escuchamos al Señor y le valoramos, Él engendra fe en nosotros, capacitándonos para creer en Él (Mt. 17:5; He. 12:2). Él llega a ser la fe que hay en nosotros, con la cual creemos en Él. Esta fe llega a ser la fe en Él y, al mismo tiempo, es la fe de Él.

Si la fe de usted es débil, no se desespere. El Señor ya sabe que tenemos una fe débil. Simplemente dejen de mirarse a sí mismos y a cualquier cosa que los distraiga, y vuelvan su corazón a Jesús, el Autor y Perfeccionador de la fe, para mirarlo y amarlo.

“¿RECIBISTEIS EL ESPÍRITU POR LAS OBRAS DE LA LEY,  
O POR EL OÍR CON FE?”

**Tanto recibir al Espíritu como recibir el suministro del Espíritu, es producto del oír con fe y no de las obras de la ley**

Gálatas 3:2 dice: “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?”. Tanto recibir al Espíritu como recibir el suministro del Espíritu, es producto del oír con fe y no de las obras de la ley (v. 5). Cuando se produce en nosotros el oír con fe, entonces espontáneamente inhalamos como Espíritu al Dios que pasó por un proceso.

**En el Antiguo Testamento teníamos la dispensación de la ley, pero en el Nuevo Testamento tenemos la dispensación de la fe**

En el Antiguo Testamento teníamos la dispensación de la ley, pero en el Nuevo Testamento tenemos la dispensación de la fe. La fe se relaciona con el Espíritu y confía en la operación del Espíritu, quien es Cristo hecho real para nosotros (2:20; 3:14). En el Nuevo Testamento, la ley es reemplazada por la fe, a fin de que podamos vivir a Cristo por el Espíritu (vs. 22-25). Recibir al Espíritu por el oír con fe es el camino que Dios nos reveló; dicho camino se halla bajo la luz de la revelación de Dios y produce vida y gloria (Ro. 8:2, 6, 10-11, 30). Es por el oír con fe que recibimos al Espíritu, a fin de que participemos en la bendición prometida por Dios y vivamos a Cristo (Gá. 3:14; 2:20).

En 1 Juan 5:14-15 dice: “Y esta es la confianza que tenemos ante Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”. Debido a que la voluntad del Padre es que la fe reemplace a la ley en nuestra experiencia, sería maravilloso si orásemos basados en estos versículos: “Señor, haz que la fe reemplace a la ley en mi experiencia”. Debido a que esta clase de oración es conforme a la voluntad del Padre, y sabiendo que Él escucha las oraciones que son conforme a Su voluntad, sabemos que tenemos una respuesta a nuestra oración. Así que, en lugar de continuar orando, debemos decir: “¡Gracias Señor! ¡Amén! ¡Aleluya! ¡La ley ha sido reemplazada por la fe!”.

**“TODOS SOIS HIJOS DE DIOS  
POR MEDIO DE LA FE EN CRISTO JESÚS”**

En Gálatas 3:26 dice: “Todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús”. Este versículo nos muestra cuál es el resultado inmediato de que en nuestro ser la fe haya reemplazado a la ley. La fe en Cristo nos introduce en Él y nos hace uno con el Cristo en quien está la filiación. Es necesario que nos identifiquemos con Cristo por medio de la fe, para que en Él obtengamos la filiación.

**“EN CRISTO JESÚS NI LA CIRCUNCISIÓN VALE ALGO,  
NI LA INCIRCUNCISIÓN, SINO LA FE,  
QUE OBRA POR MEDIO DEL AMOR”**

En Gálatas 5:6 dice: “En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe, que obra por medio del amor”. La fe

viviente es activa; ella recibe el Espíritu de vida, y por tanto, está llena de poder. La fe obra por medio del amor para cumplir el propósito de Dios, es decir, para llevar la filiación divina a su culminación con miras a la expresión corporativa de Dios: el Cuerpo de Cristo.

Conforme a Gálatas 5:6, la fe genera amor en abundancia. Por tanto, no sólo se nos habla de la obra de fe, sino también del trabajo de amor (1 Ts. 1:3). El trabajo de amor es motivado por la energía de la fe. Aquellos que participan de la obra de fe y del trabajo de amor, jamás se agotan ni se sienten verdaderamente exhaustos, debido a que en su obra y en sus labores la fe opera por medio del amor. Es por medio del amor que nosotros servimos, ministramos, pastoreamos y derramamos todo cuanto somos y tenemos. Esta es una labor de amor. Quizá algunos puedan pensar que quienes sirven así están trabajando; sin embargo, nosotros no trabajamos, sino que esta es una labor de amor.

**PALABRAS DE CONCLUSIÓN**

A la luz de la comunión anterior, queremos presentar cuatro asuntos muy cruciales a manera de conclusión. Primero, necesitamos ser adiestrados por el Señor para andar por fe y no por vista. Hacer esto significa que no tenemos en cuenta lo que vemos, sino lo que no vemos. La vida cristiana es una vida en el ámbito de las cosas que no se ven. Por tanto, no debemos creer en nuestra actual condición, pues se trata de algo visible y evidente. Asimismo, la condición en la que se encuentra la iglesia puede parecer muy compleja; sin embargo, no debemos creer en ella. Tales son las cosas visibles y evidentes. De hecho, la degradación se produce cuando la iglesia deja de centrarse en las cosas invisibles y fija su atención en lo que es visible y evidente. Por el contrario, el recobro se produce cuando nos volvemos de las cosas que se ven, a las que no se ven. Este asunto requerirá de mucho aprendizaje por parte nuestra.

Segundo, necesitamos preocuparnos por la fe de los nuevos creyentes y de los jóvenes. Este es el modelo dejado por Pablo en 1 Tesalonicenses 3. No debemos preocuparnos de si los nuevos creyentes o los jóvenes la están pasando bien o están contentos; tales cosas son efectos secundarios. Más bien, debemos estar profundamente preocupados por la fe de ellos. ¿Están contemplando ellos la visión de la economía de Dios, o se están apartando de ella? ¿En qué condición se encuentra la capacidad de ellos para creer? El Señor le habló a Simón y le dijo: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para

zarandearos como trigo; pero Yo he rogado por ti, que tu fe no falte...” (Lc. 22:31-32). Esto es algo que debemos desarrollar cuando nutrimos y pastoreamos a los nuevos creyentes y a los jóvenes.

Tercero, según Romanos 12:3, necesitamos ser disciplinados por el Señor para ejercer nuestra función en el Cuerpo conforme a la medida de fe que nos ha sido asignada. En 2 Pedro 1:1 dice que, en cuanto a la calidad de la fe, todos poseemos la misma fe, la cual nos ha sido asignada, “una fe igualmente preciosa” a la de los apóstoles. Sin embargo, con respecto a nuestra medida de fe, no todos poseemos la misma cantidad de fe. Por esta razón, en Romanos Pablo le dijo a la iglesia: “A cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí de tal manera que sea cuerdo, conforme a la medida de fe que Dios ha repartido a cada uno” (Ro. 12:3). Nuestra manera de pensar con respecto a nosotros mismos afecta al Cuerpo de Cristo. Si no pensamos cuerdamente, ello nos puede conducir a la locura, al extravío. Es posible que nos comportemos muy bien y de manera apropiada, pero si entretenemos fantasías acerca de nosotros mismos y tenemos un concepto muy elevado de nuestra persona, podemos causarle perjuicio al Cuerpo. Algunos hermanos piensan que pueden hacer muchas cosas y que deberían ir a muchos lugares. Es posible que ellos piensen que así como muchos hermanos son enviados a ciertas partes de la tierra, ellos también deberían ser enviados. Piensan que deberían ser ellos los que dan los mensajes. Pensar de esta manera es muy peligroso. Hablando francamente, aquellos que piensan de esta manera no tiene la fe para hacer lo que ellos han soñado hacer. Si el Señor demora en regresar, ciertamente muchos de los hermanos jóvenes que están entre nosotros darán mensajes. No obstante, es la Cabeza del Cuerpo la que habrá de determinar en qué medida nuestra fe deberá ser aumentada. Nosotros únicamente ejercemos nuestra función de acuerdo a la medida que Él nos asignó. Si procuramos hacer menos, ello le causará molestias al Cuerpo; y si nos esforzamos por hacer más, ello también le causará molestias al Cuerpo. Por eso, es necesario que permanezcamos dentro de los límites que nos fija nuestra medida de fe. Si bien con respecto a la calidad de la fe, todos poseemos la misma fe, no todos poseen la misma cantidad de fe. La medida de fe que nos ha sido repartida a cada uno es determinada íntegramente por la Cabeza.

Necesitamos aprender a no tener más alto concepto de nosotros mismos que el que debemos tener. Llegar a pensar que uno de nosotros es

el sucesor personal del hermano Lee, significa pensar de manera irracional. Si pensáramos sobriamente, nos daríamos cuenta de que aquellos que han continuado con la labor de ministrar la palabra corporativamente en el recobro del Señor, han tomado el camino de la compenetración. En esta compenetración existen diversidad de porciones y medidas. Aquellos que están coordinando de esta manera, necesitan de la medida que corresponde a todos y cada uno de los otros hermanos. Cada uno de nosotros necesita la gracia y la fe que hay en los demás, y así sucede con cada miembro del Cuerpo. Cuando tenemos una fe normal, podemos vivir la vida del Cuerpo sin ningún problema orgánico interno. Les digo estas cosas a fin de que ellas puedan ser comprendidas por nosotros a medida que progreseemos en nuestra experiencia concreta. Así pues, que estas palabras sean semillas que sembramos para el Espíritu.

Finalmente, debemos aprender a hacer oraciones de fe para que la voluntad de Dios se lleve a cabo. Al inicio mencionamos que debemos orar con la fe de Dios. En Gálatas 6:10, a la iglesia se le llama la familia de la fe. El Señor, en otros pasajes, se refiere a la casa del Padre como una casa de oración (Mr. 11:17). La familia de la fe es muy activa como casa de oración. Sin embargo, muchos de nosotros estamos orando llenos de esperanza, en lugar de orar llenos de fe. Este es un asunto muy importante respecto a nuestra futura cooperación con el Señor.

En el relato de Marcos 11, el Señor nos adiestra de una manera particular. Él se acercó a una higuera, y viendo que no tenía fruto, la maldijo diciendo: “¡Nunca jamás nadie coma fruto de ti!” (v. 14). Al hacer esto, Él era uno con Dios el Padre y actuaba teniendo conocimiento de la voluntad del Padre. Por tanto, esta no fue Su propia reacción. A la mañana siguiente, pasaron junto a la higuera y vieron que se había secado de raíz (v. 20). Pedro se asombró de ello (v. 21). Sin embargo, esto no sorprendió al Señor, pues cuando Él dio la palabra, sabía que lo que Él decía ya estaba hecho. El Señor entonces dijo: “Tened fe en Dios” (v. 22). Esta frase también puede traducirse como: “Tened la fe de Dios”. Luego el Señor aclara este punto, diciendo: “Por tanto, os digo que todas las cosas por las que oréis y pidáis, creed que las habéis recibido, y las obtendréis” (v. 24). Cuando al orar somos uno con el Señor, llega el momento en que surge la fe en nosotros. Cuando ello sucede, nos damos cuenta de que ya recibimos aquello por lo cual estamos orando, y podemos decir: “Gracias Señor.

Has escuchado nuestra oración. Ya está hecho. En el ámbito de la fe, este es un hecho consumado”. Dios es nuestra fe, tenemos la fe de Dios y podemos decir: “Hecho está”, porque ya nos ha sido concedido.

La fe siempre se relaciona con el pasado; la esperanza se relaciona con el futuro. Al Señor no le conmueve de manera alguna que nosotros le informemos de que Él es capaz de hacer algo. Él ya sabe que es capaz de hacerlo. Cada vez que decimos: “Señor, yo sé que Tú eres capaz de hacer esto”, damos expresión a nuestra esperanza. Los cielos necesitan que la tierra, esto es, la iglesia, realice oraciones trascendentes que lleven a cabo la economía de Dios (Mt. 16:19). Tales oraciones deben ser hechas con la fe de Dios y, al hacerlas, debemos ser introducidos —en conformidad con Su voluntad— en una unidad tal con Dios que, en efecto, seamos Dios mismo en acción, Dios “en funciones”, quien ora con la fe de Dios. Así, al entrar en el ámbito de la fe, percibimos que nos ha sido concedido aquello por lo cual oramos. ¡Hay tantas cosas en el corazón del Padre que Él anhela realizar por intermedio de las oraciones de la iglesia! Sin embargo, si nosotros sólo somos capaces de orar con esperanza, nada de ello se hará realidad. Aún cuando es posible que nosotros estemos contentos con orar llenos de esperanza, debemos saber a ciencia cierta que tales oraciones no son las oraciones de la fe. La fe significa que lo que pedimos ya es un hecho; y puesto que ello ya sucedió en términos reales, también sucederá en términos de nuestra experiencia. Que todos nosotros aprendamos a orar la oración de la fe.—R.K.